

Alain Musset

Villes nomades du Nouveau MondeCollection *Civilisations et Sociétés* 109

Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS)

Paris, 2002, 397 pages

Salvador
ÁlvarezEl Colegio de Michoacán
salvarez@colmich.edu.mx

ALAIN MUSSET nos presenta un muy innovador libro sobre las ciudades latinoamericanas que en algún momento migraron; las ciudades nómadas, como plásticamente las define el propio autor. Generalmente, en la abundante literatura sobre la historia de esas poblaciones levantadas en América Latina, la ciudad no aparece sino como una suerte de telón de fondo, un ámbito en el que interactúan los grupos que en la sociedad detentan el poder.

Musset inicia su libro mencionando la doble función que desempeñó la fundación de villas durante las primeras fases de la colonización: la primera, indispensable, como punto de anclaje en aquellas inmensidades desconocidas; y la otra, ofrecer a los miembros de las huestes conquistadoras, en especial a los menos afortunados, un “marco de vida honorífico” que asegurara su fidelidad y permanencia en los lugares. Sin embargo,

puntualiza el autor, para sustentar esos “cargos” y formas de poder, los conquistadores debieron asentarse en los lugares y para ello, simplemente, construir. Para los españoles, edificar sólido en un mundo enteramente nuevo fue una empresa mucho menos fácil de lo que puede parecernos hoy.

Para mejor afrontar una naturaleza desconocida, los conquistadores optaron por aplicar modelos de vida sana y de orden urbanístico derivados de su propia cultura, considerados como la mejor garantía de éxito para sus fundaciones.

Desde mucho antes de la aparición de las célebres *Ordenanzas de población* de 1573, los colonizadores habían intentado ya dotar a muchos de sus nuevos asentamientos de trazas ordenadas en forma de damero, con plazas centrales y calles lineales. Aquellos primitivos asentamientos eran, por así decirlo, materialización de modelos ideales, “ciu-

dades de papel”, como dice Musset. Sin embargo, ya habían adquirido vida propia, estableciéndose desde entonces un vínculo inextricable entre los vecinos de estas aglomeraciones y las estructuras inmuebles de sus villas y ciudades.

El autor nos informa de dudas en la elección de los lugares según los principios de armonía, simetría y correcta exposición al sol, y a los vientos, así como nos señala fallidos intentos de creación de ciudades, abundantes desde un principio. A través de un notable esfuerzo de erudición y de un remarcable conocimiento de la geografía y la historia americanas, Alain Musset emprende el análisis sintético y al mismo tiempo comparativo del traslado de ciudades a nivel de toda la América española. La empresa no era fácil, pues los ejemplos resultaron tan numerosos y dispersos que siempre existió el peligro de perderse en un mar de referencias y casos par-

ticulares. Sin embargo el autor logra mostrar, justamente, que se trataba de un fenómeno que no obedecía solamente a circunstancias de orden coyuntural y local, sino que formaba parte de la naturaleza misma del “fenómeno urbano” en América.

La realidad americana puso con harta frecuencia a los colonizadores frente a situaciones cuya resolución y previsión iban más allá de sus capacidades prácticas y de su bagaje científico europeo. Por ese entonces, el desconocimiento sobre volcanes, ciclones, medios acuáticos o sismos, expuso a los habitantes de numerosas poblaciones, a lo largo y ancho del continente, a verdaderos desastres, con frecuencia repetitivos mas nunca resueltos. Señala Musset que las teorías de Acosta y Juan de Cárdenas, inspiradas en Aristóteles y Séneca, acerca de la relación entre terremotos y circulación de los vientos inte-

riores en la tierra, de nada sirvieron para evitar la destrucción, por ejemplo, de Santiago de Guatemala. Tampoco las teorías neptunianas y plutonistas sobre el origen marítimo de las erupciones volcánicas sirvieron para proteger a Arequipa de ocho destructivas erupciones sucedidas entre 1582 y 1782, por citar solamente las que se presentaron en el periodo de la colonia. Sin embargo, esas teorías se usaron para justificar las medidas prácticas de traslado de ciudades, e igualmente dieron pie a obras que intentaban de alguna manera prever esas catástrofes, como ese tratado de astrología aplicada que fue el *Repertorio de los tiempos*, de Enrico Martínez. Por su parte, la sucesión de catástrofes sirvió para que los autores religiosos vieran en ellas innumerables señales divinas, tanto fastas como nefastas, muchas veces vinculadas con pugnas políticas locales.

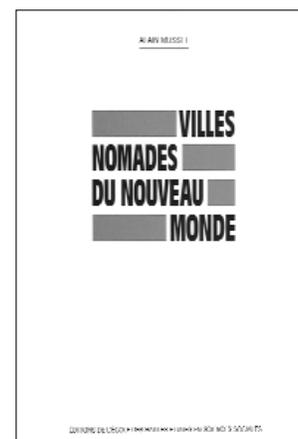
Sin embargo, mucho más que las verdaderas catástrofes, fueron las condiciones del clima y la naturaleza locales las que precipitaron el mayor número de traslados de ciudades. Al punto que, abunda el autor, en las *Relaciones geográficas* de 1577, las fundaciones españolas en América aparecen muy “hipocráticamente” clasificadas,

por así decirlo, como “sanas”, cuando su clima se acercaba al del altiplano castellano y como “enfermas”, cuando en ellas dominaban los climas calientes y húmedos. Para ilustrar este punto, el autor desarrolla toda una serie de ejemplos y una interesante cartografía donde se indica la clasificación de ciudades y los traslados sucesivos que sufrieron muchas de ellas, —como fue el caso de Veracruz—, a causa del clima.

En la parte segunda, dedicada a los “tiempos de errores e itinerancias”, Alain Musset muestra cómo el traslado de ciudades fue un fenómeno que se suscitó en todos los ámbitos de la geografía americana, y que rebasó el periodo colonial y el de independencias, perdurando hasta la actualidad. Una de las grandes cualidades de este libro consiste entonces en señalar que, para entender realmente el papel de las ciudades en el mundo indiano, no basta tan sólo con ensalzar sus cualidades como “centros de poder”, “concentradoras de riqueza” y “difusoras de cultura”; dice el autor que es también indispensable tener en cuenta que constituyeron entidades físicas, es decir geográficas, muchas veces tan frágiles como problemáticas y que su permanencia significó no

solamente beneficios, sino también elevados costos para las sociedades que en ellas albergaban. Las villas resultaron ser con frecuencia fundaciones inestables, los traslados de las mismas recurrentes... Como prueba, Musset elaboró un inventario de ciudades dispersas por todo el continente, que se mudaron en un momento u otro de sus sitios originales, e incluso, aclara el autor al calce, muchas de ellas sufrieron sucesivos traslados a lo largo de su historia. El total de los traslados registrados para las 161 ciudades inventariadas suma 273, sin contar los casos de la Villa Rica del Espíritu Santo (Paraguay actual) y de Varinas (Colombia actual) que sufrieron 10 traslados cada una.

A partir de esta constatación, Alain Musset cons-truye una primera clasificación de los traslados que demuestra cómo el fenómeno, si bien fue general en las Américas, no se presentó de la misma manera en distintas áreas, ni con los mismos ritmos por todas partes. En las zonas más densamente pobladas en tiempos prehispánicos, como el área andina cubierta por el antiguo virreinato del Perú y el centro de Nueva España, el fenómeno de los desplazamientos tempranos se presenta con menos virulencia que en



zonas más débiles demográficamente. Así, por ejemplo, en la región que correspondería a los actuales Venezuela y Colombia, de las 36 fundaciones registradas entre 1510 y 1581, 10 desaparecieron por causa de ataques de indios. En contraste con ello, en las zonas más estables demográficamente, se presentan con más frecuencia los traslados más tardíos: 18 de las 50 ciudades registradas para la zona otrora comprendida por las Audiencias de Lima y Quito fueron trasladadas cuando ya tenían más de 50 años de existir, y de éstas, 15 sufrieron desplazamientos siendo ya centenarias. Igualmente existieron asentamientos literalmente “portátiles”, entre los que se contaron numerosos pueblos mineros y de frontera de guerra; no faltaron tampoco ciudades “intermitentes”, como algunos

puertos (Acapulco, San Blas, Veracruz) que sólo se poblaban estacionalmente.

En seguida Alain Musset se avoca a generar una serie de tipologías de los traslados, para explicar los fenómenos arriba apuntados. Un primer criterio fue el de las distancias de los traslados. Las distancias más frecuentes son aquellas que no sobrepasaron los 10 km a partir del sitio original, y corresponden a momentos de ensayo y error en la ubicación de las poblaciones, en épocas tempranas de la colonización. Siguen en número los traslados de media distancia (más de 10 km), provocados por catástrofes naturales o por las arremetidas de indios y piratas que obligaban a los colonos a buscar sitios más seguros donde establecerse. Finalmente, los traslados de larga distancia (a más de 50 km del sitio original) se originaron debido a cambios radicales en las estrategias de fundación por parte de los pobladores de regiones enteras, quienes decidieron en su momento emigrar en masa.

Descubrimos que dos motivos de traslados son los más recurrentes: el primero, la búsqueda de sitios considerados más “sanos” que los elegidos originalmente; y el segundo, poner remedio

a la amenaza de los indios. Esto bien aclara los frecuentes traslados de las zonas cálidas, húmedas y pobremente pobladas, como las Antillas o América Central. Sin embargo, curiosamente esos desplazamientos también ocurren en la zona andina regida por las audiencias de Lima y Quito, donde 20 de 52 ciudades registradas se mudan debido al insano lugar originalmente elegido. Si a éstos se suman los 14 traslados provocados en esa área por desastres naturales —especialmente terremotos y erupciones volcánicas—, nos damos cuenta de que, incluso en las regiones reputadas como las más sólidamente establecidas del imperio español americano, la vida de las ciudades no fue demasiado estable. Tampoco la *pax hispanica* reinó por todas partes: el autor nos presenta un inventario —que abarca desde la Nueva España hasta la Tierra de Fuego— de 39 ciudades trasladadas a causa de ataques de indios bravos. Una razón más para que el asentamiento mude de lugar, ésta algo menos frecuente, se debe a los ataques de piratas a puertos importantes como Nombre de Dios o a otros de menor relevancia como Santa María de la Victoria (Tabasco actual) o Santa Marta (Venezuela).

Desde luego, los vecinos poderosos jugaban con la exigencia de trasladar sus ciudades para sacar así provecho y consolidar sus posiciones personales o de grupo. Pese a que el discurso filosófico-médico-natural y religioso de la época —acerca de lo sano y lo malsano, o de las causas, prevención y amparo contra las catástrofes— resultaba completamente inútil a la hora de brindar protección efectiva a los habitantes, aparecían sin cesar pomposas disertaciones en favor de determinado argumento o de su contrario, pero siempre en razón de intereses peculiares. En numerosas ciudades, la coyuntura del traslado operó como catalizador de fracturas en sus sociedades locales. El desplazamiento de una ciudad ciertamente suponía la renuncia a un patrimonio inmueble acumulado a veces por siglos con el consecuente riesgo para el estatuto social de los grupos involucrados. En estas circunstancias, el traslado resultaba desde luego tanto más traumático y conflictivo, cuanto más antiguo y cuanto mayor fuese el asentamiento. Así sucedió incluso en lugares donde la mudanza era forzosa, como en Concepción y Chillán (ambos en Chile), poblados destruidos una y otra vez, primero por los

indios y luego por catástrofes naturales (terremotos): sus traslados no por necesarios derivaron menos en amargas y larguísimas querellas entre los propios vecinos.

Esas desavenencias revelan hasta qué punto los habitantes habían llegado a desarrollar vínculos estrechos con sus “patrias chicas”, y a identificarse con ellas. El pretendido, aunque nunca logrado, traslado de la Ciudad de México es emblemático de este tipo de procesos. Como bien lo había advertido el virrey Velasco El Viejo, los colonizadores se dieron cuenta desde épocas tempranas de que el traslado de la ciudad hubiera sido imposible, no sólo por oneroso, sino porque la sociedad local no dispondría de mano de obra india en cantidad suficiente para emprender semejante tarea. Ello no impidió, nos dice Alain Musset, que a raíz de la gran inundación de 1627 el tema regresara a la palestra y se iniciara un largo periodo de discusiones, polémicas y elaboración de todo tipo de proyectos. Con el tiempo, la controversia derivó en una profunda diferencia de opinión entre los miembros del Consejo de Estado de Madrid —quienes veían en el traslado una solución práctica y racional a una problemática muy clara— y numerosos vecinos viejos, notables de la ciu-

dad –para quienes ese desplazamiento iba a significar la imposible renuncia a un estatuto, patrimonio, bienes y costumbres ya ancestrales. El diferendo indica el esbozo de las progresivas fracturas entre los intereses y percepciones de sociedades locales que comenzaban a madurar y aquellos que emanaban de la metrópoli lejana.

En un mundo, dice Musset, donde incontables ciudades eran monótonamente semejantes entre sí, con uniformes plazas centrales e idénticas trazas ortogonales, lo que más las distinguía eran los títulos y dignidades que a lo largo del tiempo se les iban atribuyendo; éstos a su vez cristalizaban en monopolios de poder económico y político detentados por oligarquías locales ávidas de un estatuto propio en el seno de los gobiernos locales, uno de sus principales temas de legitimación. Con el tiempo, se fue generando una real jerarquía de ciudades en tanto que núcleos concentradores de riqueza y poder; los habitantes, en su papel de beneficiarios, intentaban defenderlas, y llegado el caso, hacerlas subsistir por encima de abandonos o traslados. No era infrecuente lo ocurrido con la ciudad de Panamá, donde sus vecinos exigieron como fecha de fundación la del pri-

mitivo asentamiento que le dio origen; lo mismo reclamaron los de otras tantas ciudades, por mucho que ése se encontrara lejos de la nueva localización, o que incluso en incontables ocasiones no quedara casi ningún rastro de él, ni en la geografía ni en la memoria, como sucedía con la vieja Zamora de Nicaragua o con el viejo Tixán de Ecuador.

Esta constatación sirve al autor para introducirnos en el tema de las infinitas dificultades que suscitó siempre, con motivo de un traslado, la elección de un nuevo sitio “ideal”, para la ciudad. Musset nos va indicando las sucesivas teorías de todo tipo de expertos sobre cómo escoger los lugares ideales, las críticas de los más modernos hacia los puntos de vista de los más antiguos...; de poco sirve todo ello: casi siempre la decisión final estará marcada por las correlaciones de poder de las sociedades locales.

Alain Musset finaliza con una conclusión sobre “... las ciudades [que fueron] desplazadas, una historia por continuar”. Como lo manifiesta el autor, las ciudades latinoamericanas conservan, todavía hoy, mucho de la vulnerabilidad que las caracterizó en el pasado. Del mismo modo, buena cantidad de los argumentos que hoy son utilizados

con el pretexto de eludir una catástrofe, o en vistas a reorganizar el espacio de un emplazamiento latinoamericano, presentan rasgos comunes con los que se nos describen en la obra reseñada: se trata de una historia que se mantiene, en efecto, viva. Esperamos que la frase citada sirva también como una sana invitación a los historiadores para seguir ahondando en estas temáticas. Hacen falta trabajos de síntesis, basados en investigación original y que traten de realidades geográficamente amplias, a nivel continental en este caso. Disponemos hoy del valor de este esfuerzo pionero y sintético a la vez, el cual sin duda se convertirá en un clásico de la geografía histórica, o de la historia geográfica, como se prefiera. *Villes nomades du Nouveau Monde* es un libro que abre una veta muy rica, cierto, pero cuya explotación no siempre resultará fácil.